

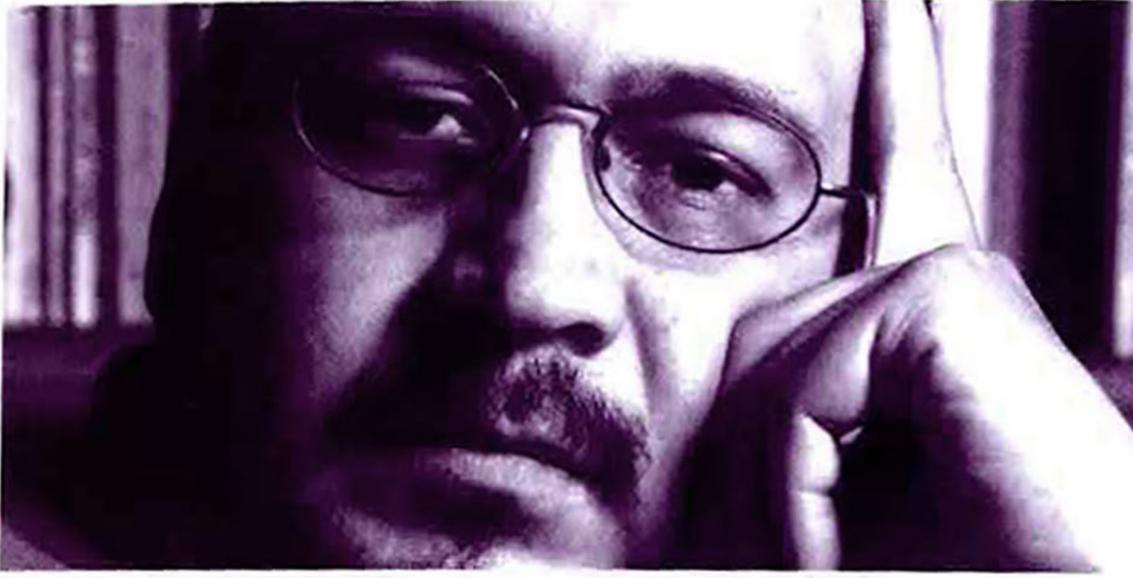
colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

A sol y asombro

Alejandro Toledo

PRÓLOGO DE HUMBERTO MUSACCHIO





Alejandro Toledo nació en la ciudad de México en 1963. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y miembro del Sistema Nacional de Creadores. Su labor periodística la ha desarrollado en las revistas *Proceso* y *Macrópolis*, en los periódicos *El Universal* y *Milenio Diario* y en el programa televisivo *El Rotativo* de Canal 22. Ha publicado diversos libros de conversaciones con escritores y los volúmenes de cuentos *Atardecer con lluvia* (1996) y *Corpus: ficciones sobre ficciones* (2007); los libros de prosa ensayística *Cuaderno de viaje* (1999), *Lectario de narrativa mexicana* (2000), *El fantasma en el espejo* (2004) y *James Joyce y sus alrededores* (2005); así como los títulos periodísticos *De puño y letra: historias de boxeadores* (2005), *La batalla de Gutiérrez Vivó: el acoso foxista a la libertad de expresión* (2007) y *Todo es posible en la paz: de la noche de Tlatelolco a la fiesta olímpica* (2008).

EL JUEGO DEL HAMBRE, EL JUEGO
DEL HOMBRE

Fernando Marcos: hombre de cuatro palabras	173
Ignacio Trelles: "No me gusta la alharaca"	193
Víctor Manuel Piñal: un veterano del Marte	211
Roberto <i>el Loco</i> Martínez: tardes de fútbol, noches de vino	223
Bonifacio Núñez: entre vientos sembradíós	235
Réquiem por Ferenc Puskas	247
El Rey	254

CUATRO VUELOS TAURINOS

Mirando vivir a Silverio.	265
Los baños de sangre de Antonio Lomelín.	278
Días con Cristina Sánchez.	286
Con <i>Zotoluco</i> , camino a la tienda	298

Prólogo

Antes era el reportaje el género rey. Hoy, en cambio, la entrevista se ha apoderado de los espacios periodísticos, no porque ofrezca la visión panorámica que se busca en el reportaje, sino porque es una manera fácilona de cumplir las órdenes diarias, un recurso sobado pero eficaz para dar al jefe de información lo que pide, una fórmula generosa para trabajar poco y que, por añadidura, se ha convertido en una rutina barata para las empresas editoras, pues a diferencia del otro género no requiere de más reporteros, y tampoco de fotógrafo —para eso está el archivo—; no hay desplazamientos onerosos ni han de pagarse viáticos por una labor que se consume en la misma ciudad donde se halla el medio de comunicación al que se sirve.

Sí, la entrevista es el género más frecuentado por la práctica diaria y por lo general tiene resultados pobres. Pero hay de entrevistas a entrevistas. Algunas, por sus alcances, se han convertido en referencia insoslayable. Entre ellas están la concedida por Pancho Villa a Regino Hernández Llergo; la de José Pagés Llergo realizada con unas cuantas palabras de Hitler; las de Emmanuel Carballo a escritores; varias de Elena Poniatowska; las memorables voladas de José Natividad Rosales, como aquella con el papa, que hasta le dedicó una foto, todo, por supuesto, producto de la fantasía del gran Nati. La de Vicente Leñero con Carlos Salinas marca un giro en el intercambio periodístico con los hombres del poder. Mención aparte, por innovadora en

su forma y contenido, merece la entrevista de Jesús Luis Benítez, *El Booker*, con la *Encuerada* de Avándaro.

Hay, por supuesto, diversos tipos de entrevista. La de chacaleo o de banqueta es aquella en que al personaje se le hacen preguntas al paso, rápidas y muy concretas, pues no hay tiempo para cortesías ni complacencias. Menos apresurada es la rueda de prensa, entrevista colectiva que se concede en un lugar adecuado, pero en la cual el reportero apenas si puede hacer una pregunta que ha de ser meditada, puesto que tuvo tiempo para prepararla. La interrogación debe ser precisa, un disparo al blanco que se busca para evitar que el entrevistado se escape con circunloquios. De más está decir que es una competencia feroz, pues aunque no toda la jauría reporteril está ansiosa de dejarse escuchar, los machos y hembras alfa se yerguen para lanzar sus proyectiles contra el entrevistado mientras la mayoría prefiere limitarse a grabar o tomar nota para que sean otros, los mejor dotados, quienes se tomen la molestia de pensar las preguntas, su contexto, su formulación, su sentido último...

Pero la entrevista digna de ese nombre es aquella en la que, cara a cara, el reportero atrapa al interlocutor y lo seduce y conduce con sus preguntas, ya sea porque le permite el lucimiento, porque le remueve el fondo de la memoria o porque lo lleva a descubrir y a descubrirse, a advertir lo que había estado ahí, como testigo mudo, o lo que nos permite desdoblarnos y entender que el entrevistado es en buena medida lo que quiere su entrevistador, que si es bueno, tiene que ser una especie de guía que lleve al interlocutor a meterse en territorios ignorados de su geografía personal.

Y también está el lector, aquel ente imaginario para el que se escribe y al que deseamos sorprender, como decían los viejos de la tribu, con "sensacionales revelaciones", hechos nuevos de viejas historias o cosas sabidas, que dichas de otra manera cobran un valor distinto. En esta vertiente adquiere especial valor la habilidad del reportero para trazar una adecuada semblanza, pues en el periodismo importa el qué, pero también el

quién. Si el declarante tiene relevancia, los hechos contados pueden ser trascendentes.

Escribimos para ser leídos. Sin esa pretensión íntima el periodismo y toda expresión literaria carecen de convicción y de dirección. El periodista es un Cupido que lanza sus flechas para despertar en el desconocido lector el amor por sus textos. Por eso acosamos al entrevistado, lo rodeamos como fieras en espera del mejor momento para lanzar el ataque. En ocasiones la pregunta central abre el diálogo y a partir de él se desgrana la conversación con fluidez. A veces el entrevistador comienza por hacer preguntas aparentemente inocuas, complacientes incluso, en espera de la oportunidad de tirarse a fondo. Es en el intercambio donde se presenta el momento de lanzar la estocada, de ir hasta la entraña de los recuerdos para sacar de ahí lo más doloroso o más revelador, lo vital... A la manera de un buen psicólogo, el entrevistador acecha a su entrevistado y da el zarpazo cuando aparece la palabra clave, la que corre el cerrojo y abre las puertas de la zona más reprimida de la memoria. El buen entrevistador mira al otro a la cara, porque en ocasiones un pequeño gesto, un guiño insignificante, un brillo apenas perceptible de los ojos nos avisa que tocamos donde duele. Y como el boxeador de raza, una vez que hemos olido la sangre lanzamos el ataque final, el más completo, una, dos, tres preguntas contundentes que llegan adonde queremos.

Ocurre con frecuencia en la entrevista de fondo, cuando después de un buen rato de charla, de intercambio cortés y hasta previsible en el que todo aparece como incompleto, grisáceo, semioculto, que a partir de una frase, de una palabra, de un movimiento de hombros, el buen entrevistador se sabe ante la revelación, y lo que estaba fuera de foco, adquiere contornos nítidos, precisos.

Es condición profesional que todo periodista puede y debe hacer entrevistas, pero hay diferencia entre recoger palabras **para** alimentar el morbo colectivo, y sacar de la paja algo nuevo, trascendente. Media una enorme distancia entre reproducir **frases** y meterse en la cabeza del entrevistado, entre hacerla

de su repetidor y robarle el alma. La distinción se establece por la cultura del reportero, su sensibilidad social, su talento para interrogar, su sentido del *tempo* que le indica el cuándo y el cómo, su aptitud para formular la pregunta clave, la que nos permite redondear la faena y ha de espetarse en el momento preciso, ni antes ni después.

En ocasiones el reportero actúa con aparente inocencia, hace preguntas superficiales, de rutina, en espera de que en la cascada de frases caiga la piedra que derribe la puerta, la palabra-llave que abre la cerradura de vidas que tienen una fachada pero son muy otras en su interior. Esas palabras mágicas llegan en medio de las respuestas de rutina, especialmente si el reportero ha sabido ganarse la confianza del interlocutor y éste abandona la actitud defensiva. Es como el momento clave del proceso psicoanalítico, ése donde el paciente se abandona en manos del terapeuta y le confía secretos que el propio analizado ignoraba. El psicoanalista-reportero debe saber cuándo se presenta ese momento y lanzar entonces interrogaciones oportunas que produzcan un viraje en el diálogo para llevarlo a lo sorprendente, lo inusitado. En la práctica periodística, es entonces cuando llega la hora decisiva y el reportero ha de acompañar en su vuelo al entrevistado o meterse con él a bucear en el lodo.

En el gremio suele repetirse que el periodista no es especialista en cosa alguna que no sea el propio periodismo. La razón es obvia: las órdenes de trabajo disponen a veces entrevistar a un estadista, al día siguiente a un físico y luego a un crítico de arte. Debemos dominar aquello que se le pregunta a todos, pero también saber por qué una persona común se convierte en materia noticiosa, pues ahí se hallan las razones de la labor informativa de ese día o ese momento. Una vez frente al entrevistado, nada de lo que sepamos sobre él resulta superfluo: si es un escritor conviene haberlo leído o por lo menos conocer lo principal de su obra; si se trata de un personaje público importa saber de su actividad y de él mismo. Quien asiste a una entrevista sin haberse documentado mínimamente va a la

guerra desarmado. Quizá la gane, pero lo más probable es que la pierda.

Realizado el intercambio verbal, en el periodismo impreso es determinante la parte final: extraer lo importante, reordenarlo y escribirlo de tal manera que llevemos al lector de la mano hasta hacerlo descubrir lo que juzgamos más relevante, lo que da sentido a lo dicho y resalta la importancia de los aspectos clave. Ahí, los periodistas dotados de algún talento literario llevan ventaja sobre los demás, pues son capaces de quitarle las asperezas y repeticiones a la prosa verbal, acomodarla dentro de una sintaxis aceptable, desnudar la ruindad o la ignorancia del entrevistado y, si conviene a los fines periodísticos, dotarla incluso de un brillo que el entrevistado siempre agradece. No se trata de sustituir al entrevistado ni de inventarle declaraciones, sino de servir al lector de la mejor manera.

Y es precisamente el servicio al lector lo que está presente en las páginas que siguen, en las que Alejandro Toledo, hombre de letras metido por azar en el periodismo, entrevista a escritores, futbolistas y toreros. La selección es hija de la diaria labor, pero igualmente, de haber estado en espectáculos, en economía o en política, el autor habría buscado el diálogo con las figuras de la farándula, de las finanzas y del poder, pues ya se sabe que el periodismo nos hace recorrer senderos que creíamos ajenos.

En este libro el lector hallará a un periodista de apariencia inocente, a un entrevistador que de las preguntas de rutina pasa en cualquier momento a interrogantes que envuelven una poderosa carga explosiva. Con mansedumbre falaz, Alejandro Toledo se acerca a sus entrevistados y gana su confianza, en ocasiones haciéndoles crecer el ego, y ya instalados en la superioridad, de manera espontánea abren las compuertas de una sinceridad confiada que deja caer las historias en cascada.

Es difícil saber dónde termina la formación académica o libresca de Toledo y dónde es el instinto el que guía sus interrogatorios. Seguramente la ciencia y la espontaneidad se cruzan varias veces a lo largo de una entrevista en la que el reportero se vale de técnicas probadas tanto como de sus capacidades de

improvisación. Como buen gambusino, se muestra paciente mientras remueve la tierra, pero es implacable cuando adivina que está a punto de hallar algo valioso. Y cuando ha llenado la talega de pepitas doradas, entonces deja al entrevistado y se aleja para evaluar cada fragmento y dar a cada uno el lugar que le corresponde. Eso lo hace con su talento de escritor, con su aptitud para poner en palabras lo que escuchó y aun lo que adivinó, pues el buen reportero —y sólo el bueno— sabe completar la idea expuesta a medias, acomodar el dato aislado e integrar la historia de tal manera que prenda al lector y lo lleve de la mano hasta el final.

Alejandro Toledo conoce y acata las exigencias de veracidad del periodismo, pero al poseer los secretos de la alquimia literaria trasmuta la materia vil en metal precioso y combina las palabras de manera que no traiciona al declarante, pero le da una claridad y precisión de la que carece.

Pero dejemos aquí estas líneas. A un escritor se le juzga por sus textos. Los de Alejandro Toledo son muy buenos, y el lector de este libro podrá comprobarlo.

Humberto Musacchio

**CONVERSACIONES
CON ESCRITORES**

Jaime Sabines: en la orilla del viento

A principios de 1998, Jaime Sabines (1926-1999) se dedicaba a releer sus viejas libretas: de ellas saldría un tomo de "poemas rescatados". La lectura de esos cuadernos lo llevó al recuerdo de sus años de estudiante en la Escuela de Medicina, primero, y en la de Filosofía y Letras, más tarde. Estas imágenes surgieron en una larga conversación, dilatado ejercicio de memoria que caminó hacia la experiencia poética. Para dar continuidad al texto, aquí se han omitido las preguntas.

Mi primer contacto con la Universidad fue la Escuela de Medicina, la que estaba en Santo Domingo, que había sido edificio de la Inquisición y que para mí, durante los tres años que estuve ahí, lo siguió siendo. En realidad odiaba esa escuela, y hasta la fecha me da escalofríos pasar por ahí... Yo venía de provincia, de Tuxtla Gutiérrez, una ciudad pequeña (en esa época, de treinta mil habitantes) y la de México no era una ciudad tan grande como lo es ahora, pero proporcionalmente sí lo parecía: en 1945 tendría dos millones de habitantes. Cursé hasta la preparatoria en Tuxtla, y luego quise venir a la Universidad a estudiar medicina. Yo pensaba que mis papás querían un hijo médico y se pusieron muy contentos de que fuera a estudiar medicina. Hice el viaje, fui a inscribirme a la Universidad y ahí empezaron los traumas. Yo solito, en un ambiente que no cono-

cía, me sentía desolado, abandonado, víctima de la agresividad de la ciudad de México. Un primo mío me llevó a inscribirme.

—Tienes que levantarte a las tres y media —me dijo— porque hay que estar a las cuatro.

Y llegamos, pues, a las cuatro de la mañana y ya había cola como de cuadra y media. A las nueve abrieron la Universidad —era el horario normal—, a esas horas empezó a funcionar la fila; llegué a la ventanilla exactamente a la una de la tarde, y la señora me dio con la puerta de la ventanilla en las narices.

—Pero oiga usted...

—Nada, ya se acabó. Venga mañana.

Ahí empezaron los traumas. Al día siguiente tuve que volver a hacer cola a las cuatro de la mañana. Por fortuna llegué a la ventanilla como diez minutos antes de la una, y me atendió la vieja del día anterior, una mujer odiosa, por lo menos para mí se merecía todos los calificativos... Era la señorita Nájera, no me olvidaré jamás de su nombre pues tuve que tratar con ella varias veces y siempre me tronaba las puertas en las narices. La cosa es que por fin me inscribí en la Escuela de Medicina.

La clase de anatomía era a las siete de la mañana; hice todo lo posible por asistir a esa hora y no pude. Vivía yo a tres cuadras de la escuela, en Belisario Domínguez. A pie iba yo, pero a las siete de la mañana no podía... Un doctor, de apellido Bandera, daba su materia de anatomía a las tres de la tarde, era el único que la daba a esa hora. Y la de anatomía era la clase fundamental. Opté, entonces, con el doctor Bandera, pero al presentarme...

—Usted está inscrito a las siete de la mañana.

—Sí, doctor.

—Tráigame una orden del profesor para poder hacer el cambio.

Transcurrieron cuatro meses para que consiguiera esa orden. Así que a mediados de año ya estaba condenado a una prueba doble, porque tenía una de faltas con el maestro Bandera...

Ya le había agarrado horror a la escuela. Me aconsejaron, y lo hice al pie de la letra, que me hiciera pasar por muchacho de segundo año reprobado, para evitar las novatadas, que eran terribles: te pintaban a cada rato, no sólo te cortaban el pelo sino te echaban pintura, te montaban, te hacían lo que querían... Me hice entonces pasar como alumno de segundo año reprobado, me aprendí quiénes habían sido los maestros, lo hice muy bien y evité todo, todo... Ya había evitado hasta el paseo de perros, la culminación de las novatadas: agarraban a todos los novatos, les echaban pintura ya todos pelones, los montaban, los hacían pasear por el Zócalo, por las principales avenidas del centro... Los vejaban, pues, de la manera más cochina. Yo me libré de todo eso. Pero como a diez días del paseo un traidor chiapaneco les dijo a unos cuates:

—Ese tipo se ha hecho pasar por reprobado de segundo, pero no es cierto. Yo lo conozco muy bien, es de Chiapas, se llama...

Fueron conmigo y negué todo...

—Mira, hermano, olvídate: ya te libraste bastante tiempo y te burlaste. Dale gracias a Dios, pero de la peloneada no te vas a salvar.

Y me dejé. Me pasaron la maquineta de rasurar por un costado de la cabeza y por el otro. Había una señora gorda y chaparra, era un barril, medio loquita, que llegaba a la escuela todas las tardes; enamoraba a los muchachos, y éstos le hacían la corte... Recién peloneado, que agarran a la señora y la ponen a bailar conmigo. Ésa fue la humillación mayor: desde todos los portales de arriba estaban los estudiantes viendo lo que hacía yo con la vieja aquella. Salí humillado y ofendido de la bailada.

Una experiencia en verdad dura fue mi primer examen. Había una clase de embriología que era semestral, todas las demás materias duraban un año. En junio se hacían los exámenes de embriología. Reunían a todos los grupos en el auditorio, que tenía capacidad como para 700 u 800 estudiantes. Acudí al examen, sabía yo de la materia —era machetero, estudiaba mucho—, y a mi lado se sentó un muchacho... No olvidaré tampoco

su nombre: Sánchez González, Alberto. Yo: Sabines Gutiérrez, Jaime. Me dijo:

—Oye, mano, sóplame...

—Espérate, estoy contestando mi examen.

Pasaban los maestros en sus rondas de vigilancia. Contesté mi prueba y luego le dije todos los datos que pude, lo ayudé bastante. Era obvio que mi prueba estaba mejor desarrollada. La cosa es que entregamos los exámenes; en una mesa estaba el maestro con todos sus ayudantes.

Como a los ocho días salieron las listas con las calificaciones. Y me dice feliz un amigo de Chiapas, que había querido competir conmigo toda la primaria, secundaria y preparatoria:

—Jaime, ya salieron las calificaciones.

—¿No te fijaste cuánto saqué?

—Sí, claro. Sacaste cero.

—¿Qué? ¡Estás loco!

Bajo la escalera estaban las calificaciones. Miro: "Sánchez González, Alberto: 8", "Sabines Gutiérrez, Jaime: 0". Me dije: es un error, con seguridad me saqué diez y aquí me ponen cero. Fui a ver a la señorita Nájera.

—¿Qué se le ofrece?

—Esto, señorita: creo que hay un error...

—¿Cuál es su nombre?

—Sabines Gutiérrez, Jaime.

—No, señor, no hay ningún error: tiene usted cero.

—Pero, señorita...

—No hay ningún error, deje usted de molestar.

Y yo: qué hago, Dios mío. No había otra clase de embriología. Con cero estaba condenado a repetir la clase en el siguiente año; de haber reprobado con cinco tenía derecho al extraordinario. Averigüé entonces la dirección del doctor Daniel Nieto Roaro, que vivía en avenida Chapultepec y ahí tenía su consultorio. Y voy a buscarlo. Había dos o tres gentes. Abría él la puerta: pase usted, pase usted... Hasta que me tocó mi turno.

—Pase usted, joven —me dijo, muy atento, pero en cuanto le dije "maestro" él se volvió a verme y cambió de actitud: del

que busca la lana al que está viendo a un pobre diablo que es su alumno—. ¿Qué desea?!

—Maestro, vine a verlo porque me pasa esto... Estoy seguro de que no puedo tener cero, yo sé embriología.

—¿Cuál es su nombre?

Se lo di, el doctor Nieto sacó una listita de seis gentes.

—Sabines, aquí está. Sí tiene usted cero.

—¿Por qué, maestro?

—Usted contestó “presente” cuando pasé lista, pero su prueba nunca apareció: usted no me presentó su prueba.

—La dejé en el escritorio...

—Es lo que usted dice, yo no la tuve.

—Maestro, no me haga usted eso, con cero no puedo ni hacer el extraordinario.

—No es culpa mía...

—Hágame usted un examen ahorita, hágame cinco preguntas y si no sé repruébeme.

—No estoy para hacer exámenes cuando los alumnos quieren, la Universidad es la que determina la fecha de los exámenes. Tenga la bondad de retirarse.

Salí del consultorio deseando tener una pistola y balacear al viejo chaparro ese. Ahí se acabó mi aventura de la Escuela de Medicina. Se acabó porque perdí la fe, la confianza en mí mismo. Recuerdo que cuando presenté neuroanatomía y saqué 9.5 no lo creía. Me sentía como si hubiera robado la calificación. Y luego, en ese año de 1945, estalló una huelga en la Universidad. No sabía qué hacer: estaba esperando mi examen de anatomía para el 20 de diciembre, y la huelga estalló el 4. Quería ir a pasar las vacaciones a mi tierra, cuando menos pasar la nochebuena y el año nuevo con mis viejos. Le hablé a mi papá y le pregunté si podía irme. Me dijo:

—Sí, vente.

Y así me fui a pasar la nochebuena, con la alegría a medias: seguía debiendo anatomía, que era la base de toda la carrera.

Regresé en febrero y presenté el examen extraordinario. Luego a la clase de disecciones, que también era a las siete de la mañana, casi no llegué, tuve muchas faltas. La prueba teórica la resolví muy bien, pero en la práctica me tocó la rodilla para diseccionarla... Se acercó el maestro:

—¿Qué es esto?

—Mire, el ligamento anterior...

—¡Esto es una carnicería!

Nunca le tuve miedo ni horror o asco al cuerpo humano, pero no aprendí. Sabía de anatomía teóricamente. Con todo eso me pusieron dos sietes y un 7.5.

En segundo año el equivalente de la anatomía era fisiología. También me tocó al final de año prueba doble, pues ya casi no iba a la escuela. Odiaba la escuela. Y había una clase de maestros... Decían: hay mucho estudiante de medicina, ya somos muchos médicos, ¿por qué no se van a estudiar otra carrera?

En esos tres años de la Escuela de Medicina me hice poeta, con el dolor, la soledad y la angustia. Compraba unas libretas muy grandes, y no había noche que no me pusiera a escribir de mis angustias, de mis penas, de mi tragedia personal. Escribía páginas y páginas. Nunca salió un buen poema, desde luego, nunca publiqué nada de eso. Pero sí agarré el oficio de poeta en esos tres años, pues escribía yo por necesidad. Anteriormente hacía un poema a la novia, todo muy bonito. Lo hice en serio cuando sentí la agresión de la capital, cuando sentí la soledad... Lo primero fue lo hostil de la enorme ciudad de México, y la hostilidad particular hacia mí en la escuela: fue mi estado de ánimo el que acrecentaba los estragos que hacía en mí la Escuela de Medicina.

Después de tres años me decidí a hablar con mi padre. Fui a Chiapas en unas vacaciones.

—Oye, viejo, te voy a decir una cosa. Voy a seguir estudiando medicina, pero nada más para colgar el título en la pared de tu casa: no voy a ejercer como médico.

Mi papá se me quedó viendo sin entender. Yo seguí:

—No quiero seguir estudiando medicina. Si sigo será porque tú me obligues a eso.

—¿Pero quién te ha obligado, hijo? Nadie te dijo: ve a estudiar medicina. Tu mamá y yo nos pusimos muy contentos porque íbamos a tener un hijo médico, pero lo mismo hubiera sido si nos dijeras: voy a estudiar ingeniería, quiero ser abogado... Lo que quisieras ser nos daría mucho gusto porque ni Juan ni Jorge, tus hermanos, pudieron estudiar más allá de la preparatoria. Nosotros no te guiamos ni te dijimos que estudiaras medicina.

—Pues no.

Me volví, fui a mi cuarto y me puse a llorar como un muchachito, a grito pelado, convulsivamente. Era la tensión de tres años de angustia, que se resolvieron de la manera más sencilla y absurda. Me di cuenta de que era yo el que se presionaba.

Dejé la medicina en paz y después vine a Filosofía y Letras, que estaba en Mascarones. Ahí me sentí de maravilla. Ya conocía la ciudad de México, ya había pasado tres años solo. Y me fui con mi vieja casera, doña Anita, que vivía con una hermana y una hijita, la niña que toca el piano "mientras un gato la mira", que era la Maruca. Doña Anita se había cambiado a la calle de Cuba, a una cuadra de donde vivíamos antes. Era yo su único huésped. Había dos recámaras: una para la viejita, su hermana y su hija, y otra que daba a la calle y era la que me alquilaba... Lo que tenía enfrente era la calle de la perdición: estaba el teatro Lírico, con una escandalera hasta la una de la mañana; y a un lado del Lírico estaban dos cabarets, La Perla y Las Cavernas... Y éstos eran centros nocturnos más o menos potables, pues cuando estudiaba medicina me iba a meter a unos cabarets de rompe y rasga. Recuerdo uno que se llamaba El Chapulín, en el que no había día de Dios en que no hubiera uno o dos heridos de arma blanca. A un amigo mío una vez lo iban a matar. Era pura gente de baja ralea, y pura muchacha de a 20 centavos la pieza.

Me instalé, pues, en República de Cuba y me inscribí en Mascarones. Las clases eran de las cuatro de la tarde a las ocho de la noche todos los días. Uno de mis maestros fue Julio Torri, viejito delicioso al que nadie le hacía caso. Tenía una vocecita, y en el salón como de sesenta muchachos se la pasaban todos platicando. Yo procuraba sentarme cerca, en primera o segunda fila, para escucharlo. Conocía ya sus escritos, sus poemas en prosa. Torri no se peleaba, no decía "cállense" ni regañaba a los estudiantes ni nada, iba a lo suyo, el que quisiera oírlo que lo oyera. Al maestro que más admiraba era José Gaos, pero él daba filosofía. De todos modos, siendo estudiante de lengua y literatura me iba a meter a las clases de Gaos, como oyente. Ahí hice muchos amigos, como Ricardo Guerra, que fue marido de Rosario Castellanos; o Fernando Salmerón, que acaba de morir... En Mascarones también andaba Héctor Azar, al que teníamos como en segundo término, como un año atrás... Ya después se hizo un gran director de teatro. Estaban además Emilio Carballido, Sergio Magaña, y las poetisas Rosario Castellanos, Dolores Castro y Luisa Josefina Hernández. Ahí estuvo unos meses el nicaragüense Ernesto Cardenal.

En Mascarones estuve tres años. Pensaba seguirme de largo, pero en las vacaciones de finales de 1951 mi padre sufrió un accidente muy serio en Chiapas. Me quedé hasta que salió del hospital, y cuando vine a ver ya habían pasado las inscripciones. Dije: voy a regresar el año entrante. Lo que no sucedió.

Me habló uno que era candidato al gobierno del estado para saber si quería participar en su campaña. Pensé: de aquí cuando menos voy a sacar una beca y vuelvo a estudiar el año entrante. No hubo tal beca ni nada porque el tipo, el licenciado Efraín Aranda Osorio, era un sádico. Tuvo de oradores a tres jóvenes poetas —José Falconi, Enoch Cansino Casahonda y yo—, y a los tres nos quiso humillar. A Pepe Falconi lo tuvo haciendo antesala como mes y medio. Me enteré y le dije:

—¿Por qué te dejas humillar de ese modo? No es justo, hemos sido sus confidentes...

—Sí, Jaime, pero tú puedes hacerlo, yo no. Estoy casado y tengo un hijo.

Tenía razón, se tenía que aguantar. Aranda Osorio le dio chamba a los dos meses de estar haciendo cola.

Recuerdo que por esos meses se celebraba en Veracruz el carnaval, y mi padre quiso ir. Lo fui a dejar al aeropuerto, y encontramos a Aranda Osorio, ya gobernador.

—¡Mi mayor! —le dice a mi papá.

Luego se volvió a mí:

—Jaime, no me has ido a ver.

—Pensaba yo que no era oportuno, licenciado.

—Búscame, Jaime, búscame.

Mi padre me llamó la atención:

—Ya ves, te he estado diciendo que lo visites. Deja tu orgullo a un lado.

—Bueno, voy a ir.

Al día siguiente fui al palacio de gobierno a verlo. Daba audiencia en un salón grande de esta manera: empezaba a humillar a todo mundo. Por ejemplo:

—A ver tú, ¿qué se te ofrece? ¡Ah, chamba, otra vez chamba!

Llegó un momento, después de dos horas de estar ahí, en que pensé que a lo mejor no me había visto. Me puse de pie, dominaba las cabezas de la gente que estaba ahí. Incluso se llegaron a cruzar nuestras miradas. “Me va a llamar”, me dije, y me senté. A las dos y cuarto o dos y media de la tarde se levantó el hombre:

—Señores, me van a perdonar. El gobernador también es un ser humano y tiene que ir a comer. Los que no pude recibir ahora, mañana los espero.

“Mañana esperas a tu madre”, me dije. Y no volví. Eso significó que a los pocos meses me casara. No podía regresar a la escuela, no tenía dinero para costearme los estudios, y mi hermano Juan había sido designado diputado federal por primera vez en su vida y debía viajar a la ciudad de México con su mujer y sus hijos...

—Si quieres vivir de algo, ahí está la tienda, Jaime.

¡Hijo, la tienda de ropa! ¡Qué cosa es eso! Ni modo...

—¿Cuánto voy a ganar?

—Fija tú el sueldo.

—¿Te parece bien que gane mil pesos mensuales?

—Está bien.

Estamos hablando de 1952, y mil pesos daban apenas para vivir. Yo era un idiota también, y Juan sabiéndolo me dijo que escogiera yo el sueldo. Como al año y medio le reclamé:

—No me alcanza con lo que gano.

—Pues súbete el sueldo.

Y me lo subí a 1 500. Con esa cantidad se podía vivir, sí, aunque con aprietos: comprando fiado el refrigerador, los muebles de la casa...

Para mí la tienda fue un martirio. El comercio de ropa era el oficio más antipoético del mundo. Vendía lo mismo camisas que telas metreadas, para hacerse un vestido, una falda, un pantalón. Lo odioso de esa situación era el regateo.

—¿Cuánto cuesta ésta, patroncito? —me decía un indito.

Yo la vendía a 20 pesos el metro de corte de pantalón, pero el pobre indito venía con su morral y sus ahorritos de seis meses para comprarse una muda de ropa...

—Te la voy a dejar en 16.

Hacía mis cuentas: costaba 14 en la fábrica, le ponía un 10 por ciento de traslado, renta de casa e impuestos.

—Le doy 8, patrón.

¡No sabía yo vender! El mismo indito se iba a otras tiendas calle arriba y pagaba por aquel corte 23 pesos, pues así son los comerciantes: los explotan vilmente.

A los dos años la tienda de ropa de Juan ya venía para abajo: no vendía, no vendía, y sufría terriblemente por eso. Entonces abrí los ojos, porque empecé a comprar telas finas... Recuerdo que compré una pieza de seda natural color crudo, bonita seda. Pasó una de las señoras *popof* de Tuxtla, y me dijo:

—Don Jaime, ¿tiene alguna novedad?

—Sí, doña Laura.

Le mostré feliz la pieza de seda. Me costaba de fábrica 30 pesos el metro.

—¿Cuánto cuesta, don Jaime?

—35, doña Laura.

—Pero me va a dejar los 3 metros en 100, ¿verdad?

Y le di a 33 pesos el metro, que era apenas sacar los gastos. Como a los ocho días volvió doña Laura Cano muy enojada.

—¡Usted me engañó! Eso que me vendió no era seda natural, ésa la tiene María Aramoni y cuesta 60 pesos pero sí es seda natural.

A mi lado estaba un vendedor.

—Dígale a la señora qué clase de tela es ésta —le pedí.

—Es seda natural, de primera...

Ella no se fue muy convencida. Llamé a mi ayudante, Julio, y le dije:

—Quita los precios del aparador.

Tenía unos brocados que me costaban 30 pesos y los vendía yo a 35...

—¿A cuánto los pongo, don Jaime?

—A 55. Y esta seda natural vale desde este momento 55, la vamos a dar 5 pesos más barata que doña María.

Y la tienda se fue para arriba. Me dediqué a vender pura tela fina.

Ésa fue una enseñanza; otra me la dio un yucateco. Era de esos muchachos que se dedican a vender cosas en la calle.

—Patrón, deme usted de su lino de la Burlington.

La Burlington era una fábrica que había en México con ese nombre. Fabricaban un tipo de lino, buena tela para pantalones o traje completo, que me costaba 16 pesos el metro. Si para un traje se necesitan 5 metros, son 80 pesos.

—¿A cuánto me va a dejar el metro?

—En 18.

—Bueno, deme usted 5 metros.

—Pagó 90 pesos. Envolvió la tela, la puso en un papel de china y luego en periódico. A la media hora regresó.

—Me da usted otros 5 metros.

- ¿Ya vendiste los otros?
—Sí, patrón.
—¿Qué hiciste?
—Me chingué al diputado Cárdenas.
—¿Y a cómo le vendiste el lino?
—Ah, no, patrón, eso no le puedo decir.
—Si no me dices a cómo, no te vuelvo a vender un metro.
—Se lo tuve que dar barato.
—¿Cuánto es barato?
—Pues se lo di... Le dejé el corte en mil pesos.
—¿A 200 pesos el metro?
—Sí, a 200.
—Pues de ahora en adelante el metro te va a costar 20 pesos, no 18; no te vuelvo a dar más rebajas, con lo que friegas a tus clientes es suficiente.

Abrí los ojos: la gente identifica la calidad con el precio. Aprendí y salvé la tienda de Juan. Pero vivía yo angustiado, sobre todo en cierta época: cuando empiezan las lluvias, en abril y mayo, bajan las ventas, no hay dinero. Tuxtla era una ciudad de pequeña burocracia, y de algunos campesinos que llegaban de otras partes del estado a hacer sus compras. En época de lluvias no había venta. Abría las cortinas, que eran cuatro, a las siete de la mañana y a veces eran las doce del día y no habían entrado más que las moscas. Yo afligido:

—Va a venir don Fulano de Tal y le debo cinco mil pesos, ¿cómo le voy a pagar?

Ésas eran mis angustias de todos los días, siempre con sentimientos de culpa.

Para entonces ya había escrito *Horas* y *Adán y Eva*; en la tienda de ropa trabajé *Tarumba*, que tiene un tono airado: la ternura, por un lado, y la protesta, el sentimiento de rebeldía, por otro.

Seguía llenando libretas. Escribía a lo bestia. En 1949, cuando estudiaba en Filosofía y Letras, me eché todo *Horas*, pero el

poemario que ustedes conocen no es ni la quinta parte de lo que era. Siempre he tenido un gran sentido autocrítico.

En la tienda los primeros seis meses estuve como traumatizado, sin escribir nada. Me afligía seguir escribiendo. Un día me dije: voy a hacer un ejercicio, voy a hacer un soneto diario, aunque no sirva, como los rounds de sombra del boxeador. Y eran sonetos bien escritos, con todas las de la ley. Al mes los leí y me dije: ni lo quiera Dios... Pero me sirvieron como entrenamiento porque cuando reparé, como a los quince o veinte días, empecé a escribir *Tarumba*. Mi mujer se embarazó de Julio, y en los versos hablaba yo del niño que traía en el vientre.

El año de la política fue 1952. En el siguiente me casé, en mayo; y Julio nació en mayo de 1954.

Tarumba nació en la tienda de telas. Me llama la atención que es el libro con el que más se identifican los jóvenes. Me extraña ese fenómeno. Cuando estuve en Cuba, en 1965 — fui jurado del premio Casa de las Américas— a todos los jóvenes les llamaba la atención *Tarumba*. También estuve en las playas de Tonalá, Chiapas, que es lugar de jipis, y encontré que a estos muchachos también les gustaba *Tarumba*. ¿Por qué ocurrirá esto? ¿Cómo es posible que estos muchachos que crecen en la Revolución cubana y estos otros que crecen en la libertad del jipismo se identifiquen con *Tarumba*? Así era y sigue siendo. Todo *Tarumba* es una protesta contra la vida que lleva uno. Es la rebeldía. En la tienda yo vivía asfixiado... No sé cuándo no he vivido asfixiado, casi nunca he vivido así que diga "chino libre". En la tienda hubo periodos especiales en que la presión fue tremenda. Fueron como siete años horribles para mí: aparte de los sufrimientos que pasaba como tendero, que viene don Fulano de Tal y no tengo dinero para pagarle, o no entra ningún cabrón cliente a esta tienda, y las aflicciones, tener que decir: le voy a pagar la mitad y en el próximo viaje le doy el resto... Aparte de eso, era vivir en un ambiente mediocre: yo ya había vivido dos o tres años en Filosofía y Letras, ya había abierto los ojos a muchas cosas. El "vate" y "poeta" con que te saludan en provincia a mí me caía gordo. Me decía: qué

chingón eres, escribiste tu *Horal*, tu *Adán y Eva*... Y el gran poeta, el gran poeta de México aquí está barriendo la calle. Chíngate, cabrón. ¿Qué aprendí? La humildad: ésa fue la palabra que aprendí en esos años, a no estar pensando que el poeta es un ser sagrado o un privilegiado. No, es como cualquier otro.

Siempre he presumido que soy uno de los pocos poetas que trabajan en México, o que trabajó, porque ya no lo hago: desde que agarré la tienda de ropa, después estuve aquí en México durante veinticinco años en una fábrica de alimentos para animales. Han sido chambas físicas, no trabajo intelectual. Me ofrecían: por qué no escribes en este periódico. Pienso que el trabajo material, el trabajo manual, hace menos daño a la poesía que el trabajo intelectual. El periodismo sí me pudo haber perjudicado. La cercanía del periodismo con el trabajo intelectual te distrae de la disciplina verdadera que necesita la poesía... La poesía es una cosa ignorada hasta por mí mismo, que nadie me la toque.

Nunca he vuelto sobre mis pasos en la poesía. Corrijo sólo en el momento de escribir. Si revisan mis libretas las encontrarán casi limpias: con una raya los poemas que rechazaba, y de vez en cuando cambiaba una palabra. Por lo general siempre corrijo en el momento de escribir, siempre he tenido la idea de que la poesía es fruto de un instante, y de que somos como el río de Heráclito: si yo, hoy, corrijo lo que hice ayer, estoy adulterándome, me estoy falseando. El Jaime Sabines de ayer fue muy diferente al Jaime Sabines de este instante, como este de hoy va a ser diferente al de mañana. Por eso no creo en la corrección, pues la veo como una falsificación. La poesía comunica emociones antes que nada, y esa emoción de hoy no es la misma que la de mañana. Con algún otro sentido, con alguna otra nariz, la vamos a oler diferente...

Hace como un año vino Carlos Monsiváis. Tenía yo pendiente regalarle un poema, pues él dice que colecciona originales de poemas para ponerlos en la pared de su casa. Incluso antes, cuando fui diputado, me había hecho esa petición, y yo

traje la cuartilla en mi saco durante varias semanas pero él no apareció. Entonces vino a la casa. Le pedí a una de mis hijas, Judith o Julieta, que me trajera una o dos libretas, pues tengo como veintiocho. Monsiváis empezó a hojearlas.

—Qué bruto eres, nunca corriges.

Le respondí:

—Ésa es mi manera de escribir, no le estoy imponiendo a todo mundo que no revise o reescriba sus textos.

Tengo un amigo, Marco Antonio Montes de Oca, que corrige cien veces un poema, es su manera de hacerlo. No estoy dando fórmulas. Mi manera de ser es ésa. Dije entonces a Monsiváis:

—Arranca el poema que quieras.

Y él:

—No, no, me da pudor, no sé... ¿Por qué no publicas tantos poemas buenos que tienes aquí?

Lo mismo me habían dicho Judith y Julio, mis hijos. Me puse a repasar luego aquellas libretas y me dije: es cierto, este poema está bueno, y éste también... Y estoy armando ahora un tomo que se va a llamar *Poemas rescatados*. Es material de muchas épocas. De 1950 para acá. Algunos están tachados no sé por qué... Me da la impresión de que en ese momento no me gustaron por algo. Otros sí me doy cuenta de que no me funcionaban para el libro que tenía pensado escribir, no encajaban en ese libro. Y los dejé así, marginados. Después nunca volví sobre esos poemas. Ahora me voy a dedicar a ellos. Es un trabajo sencillo, leer el poema, quizá cambiarle una que otra palabra y decir: te perdono la vida.

También a mí me emociona la respuesta del público en las sesiones de lectura de mi poesía, es una cosa caliente. Una vez di una lectura en la presidencia municipal de Veracruz. Ya había ido dos veces a Xalapa, pero el público de Xalapa es intelectual, "sabe": sus reacciones son más parcas, más cautelosas, pero no se entrega. En cambio en Veracruz tuve un público de cargadores, de estibadores... De pueblo, pues. Yo pensaba que iba a ser al revés que en Xalapa: estas gentes

no me van a agarrar ni una. Desde que empecé a leer sentí la vibración de ese público, y era una sala para escasamente ciento veinte o ciento treinta personas, adultos, mujeres del mercado oyendo poesía... ¡Qué sensibilidad para escuchar la poesía! Una mujer me dijo:

—¡Desgraciado poeta, me hiciste que me viniera la regla!

Y era una señora, de treinta y cinco o cuarenta años. Ésa fue una de las primeras veces en que vi la reacción de la gente... Porque en Hermosillo me invitaron unos estudiantes de la Universidad de Sonora. Estuvieron hablándome y hablándome por teléfono hasta que por fin les dije:

—Sí voy.

Me mandaron mi pasaje del avión, me reservaron cuarto en un hotel de lujo... En el aeropuerto encuentro a siete muchachos.

—¡Maestro Sabines, lo vinimos a esperar!

Yo me sentía como si me cargaran en hombros. Fuimos al hotel.

—Lo dejamos comer, maestro, y luego venimos por usted. El recital es a las siete.

—¿Dónde va a ser?

—En el auditorio.

—Aquí los espero.

Me baño y espero que pase el tiempo. Llegan por mí puntuales y nos vamos en un carro al auditorio. Lo primero que llamó mi atención fueron las dimensiones del auditorio: enorme, enorme, como para dos mil gentes... Atolondradamente subo al estrado, me siento y me pongo a ver el auditorio y a mi público: los siete muchachos que me habían esperado en el aeropuerto más una muchacha y dos chiapanecos. Me quedé viéndolos.

—Miren, me van a perdonar —les dije—, pero me parece ridículo que esté yo aquí arriba.

—No, maestro, nos da mucha pena, es que no le hicimos la publicidad debida...

—Perdónenme pero vamos a hacer un trato, ¿qué les parece? Nos vamos al hotel, en el hotel hay un bar, nos sentamos en el bar los diez, nos echamos unos tragos y les leo todos los poemas del mundo.

Así se solucionó el recital, estuvimos como hasta las dos de la mañana.

La reacción de la gente es muy importante. Me da mucho gusto que el *Nuevo recuento de poemas* circule tanto entre los jóvenes, quisiera que lo vendieran más barato. Tengo la idea de que la poesía debe ser barata, no de élite. Mi pleito con don Joaquín Díez-Canedo fue cuando publiqué por primera vez el poema del mayor Sabinés: yo quería que hiciera una edición barata y que se conociera por todos lados, y él se encaprichó.

—No vamos a hablar más. Yo soy el editor y mi antojo es hacer una edición de lujo. Para mí el suyo es uno de los grandes poemas de la lengua española, y desde el poema de Manrique a la muerte de su padre no ha habido otro poema como éste. Voy a hacer 300 ejemplares y usted me los va a firmar.

¿Por qué no acabar con ese concepto casi sagrado de la poesía, de no tocar ni con el pétalo de un centavo un libro? Uno escribe para los demás, no para tener el librito guardado. El poema es un medio de comunicación, un medio de entendimiento humano, un puente que tendemos entre una personalidad y otra, entre una isla y otra.

José Saramago:
“Nunca he necesitado a Dios”

Le divierte a José Saramago acordarse de Paranoico Pérez, personaje de un relato que circula en España, y del cual Enrique Vila-Matas ofrece un resumen en ese catálogo de rarezas literarias que es *Bartleby y compañía*.

Este Paranoico Pérez tiene la extraña creencia de que todas las ideas que se le ocurren para escribir libros, de un modo o de otro, se las roba José Saramago. En su primera novela, por ejemplo, Paranoico se ocuparía de ese gran convento que hay en la carretera de Sintra... pero no llega muy lejos en su plan novelístico porque un día descubre en los escaparates de las librerías *Memorial del convento*, novela firmada por un tal Saramago.

Al revisar el ejemplar encuentra una historia “asombrosamente igual, pero igualita” a la que él había planeado. Lo mismo ocurre con otros proyectos de Paranoico, que van apareciendo, firmados por el narrador portugués, como *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *La balsa de piedra* y *El cerco de Lisboa...* Libro que idea Paranoico Pérez, libro que escribe y publica el tal José Saramago.

Reconforta al personaje que desde 1998 José Saramago viva en el vértigo del Premio Nobel y los catorce doctorados *honoris causa* que le lleva contabilizados. Concluye: “Eso lo tiene tan ocupado que ya no escribe nada, ha renunciado a la literatura, se ha vuelto un ágrafo. Me satisface mucho ver que, al menos, se ha hecho justicia y han sabido castigarle”.

Al recordar el cuento, José Saramago asegura que Paranoico Pérez no acertó: desde que le dieron el Nobel ha escrito dos novelas, y en el verano piensa encerrarse a escribir una más.

Dice en entrevista: "Paranoico Pérez se ha equivocado rotundamente. Ni los doctorados ni el Premio Nobel me han quitado la gana de seguir escribiendo".

La evidencia más próxima de que José Saramago no se convirtió en ágrafo era, en ese momento, *El hombre duplicado* (2002), que dio pie a la siguiente conversación.

—*Supongo que recibir el Nobel y sumergirse en todo lo que rodea ese premio, sí implicó una experiencia fuerte, un golpe.*

—Lo es, pero puede no serlo. El Nobel no conlleva ninguna obligación. El galardonado puede llegar a Estocolmo, recibir el premio e irse a encerrar a su casa. Claro que si se trata de alguien que ha tenido una participación política y social, no se entendería por qué después del Nobel opte por irse tranquilamente al hogar.

—*Lo positivo, entonces, es que se amplía el foro.*

—Sí, aunque eso conlleva un riesgo. Si de la boca de uno sale una tontería, esa tontería dará la vuelta al mundo igual que si fuera la verdad más sublime. Pero no pasa nada. Entre tonterías e intentos de acertar en lo que uno está diciendo es que se pasa la vida. Y no es que me guste decir cosas fuertes, no creo que sea una cuestión de gusto sino de responsabilidad. No es que piense que una idea mía va a cambiar el mundo: ya sabemos que eso no ocurre. Sí tengo unos miles de lectores, y esos lectores están atentos al autor al que estiman y a sus ideas. Claro, es una cuestión de grado: se puede intervenir de una forma discreta. Y no es que yo intervenga de una forma indiscreta: son las situaciones las que determinan que, sin habérmelo propuesto, una declaración mía trascienda o cause polémica.

—*Es lo que ocurrió con sus comentarios sobre las ejecuciones en Cuba.*

—Me han sorprendido un poco las declaraciones de Fidel Castro a un diario argentino, cuando dice que soy un buen escritor, pero que no tengo la más mínima idea de lo que pasa en Cuba ni de lo que pasa en el mundo. Es un poco extraño porque antes de mi declaración, él no decía eso. Y en cuanto al

mundo, sí tengo suficiente idea para saber que el riesgo mayor para la seguridad mundial en estos momentos se encuentra en Estados Unidos, y que Cuba es sólo uno de los países que están bajo la amenaza directa o indirecta de Estados Unidos.

—*En el contexto actual parecería que criticar a Cuba implica el apoyo a una posible invasión...*

—Pero ése es un disparate total, no tiene que ver una cosa con la otra. Si vamos por ahí, acabaremos en lo peor que puede existir: o estás con nosotros o estás contra nosotros. No. Yo puedo estar con un amigo y un día tendré que decirle, si me lo parece, que se ha equivocado, que ha errado, y espero que no me retire su amistad. Por otra parte, yo no alimento polémicas, ni aparezco con cartas o artículos para apoyar a los que están conmigo, ni debato con aquellos que están contra mí. Lo que está dicho, dicho está. Y cuando tenga algo más que agregar al respecto, lo haré.

—*Siente usted la responsabilidad de definir el mundo.*

—Yo digo que escribo para intentar comprender, y creo que en eso estamos todos. Si los lectores se reconocen en lo que escribo, o si sus preocupaciones las encuentran en lo que escribo, me parece estupendo, me reconforta mucho.

—*El hombre duplicado abre con un epígrafe de Laurence Sterne, y el régimen de las digresiones en su novela viene en parte, supongo, del Tristram Shandy...*

—Sí, claro, pero es una coincidencia. Mi estilo, por llamarlo así, siempre ha sido muy digresivo. Soy incapaz de narrar algo en línea recta. No es que me pierda en el camino: si encuentro un desvío, entro por él y luego vuelvo por donde iba. Si hay un antepasado mío directo en la literatura portuguesa es un poeta, dramaturgo y novelista del siglo XIX que se llamó Almeida Garrett. Mi gusto por la digresión lo he recibido de ese autor, no de Sterne. Leí el *Tristram Shandy* mucho más tarde.

—*En El hombre duplicado se dice que la mujer está "más próxima a las cosas elementales y esenciales". ¿Cree usted en eso?*

—Sí, yo creo que la mujer es más sabia que el hombre. Nosotros para ellas somos transparentes; no nos toman muy en serio. Y ellas para nosotros son opacas. Nadie entiende verdaderamente a una mujer. Por el amor y todo eso nos acercamos, nos comprendemos... La mujer no es sólo la parte femenina del mundo, es algo más que eso. Por siglos o milenios han sido reducidas a una condición subalterna. Han visto mucho a lo largo de todo este tiempo. De madres a hijas, de abuelas a nietas, se han estado diciendo: tienes que hacer de cuenta que son importantes, pero yo te digo a ti que no lo son. Hay una especie de sabiduría propia de ellas. Recuerdo a mis tías y a mis abuelas en la infancia. En la familia los hombres eran los que llevaban la voz cantante, aparentemente, pero ellas eran las que sostenían la casa.

Aunque él no lo busque, los libros y las declaraciones de José Saramago suelen transitar por la polémica y el escándalo. Le han llamado antisemita, anticitólico, anticastrista... De todo un poco. "Pero mis novelas no han sido escritas para provocar el escándalo", aclara. "Su razón de ser es muy sencilla: he sentido que tenía algo que decir. No soy ingenuo: si me propongo contar la vida de Jesucristo, debo asumir que algo ocurrirá, mas eso no me lleva a escribir o no escribir."

—*En el caso del Evangelio se trataba de humanizar a Cristo, darle una vida normal...*

—Mi Jesús es un chico joven que se va de su casa porque no soporta vivir con la idea de que su padre le ha fallado al dejar enfrentados a su suerte a los niños del pueblo. Jesús hereda de su padre la culpa. La historia así suena más seria, más compleja, que aquello de un muchacho que se pierde en el templo y tres días después sus padres lo encuentran debatiendo con los doctores... Lo peor es que la gente crea en leyendas como ésta como si fueran verdades intocables.

—*Son mitos, son las bases de una fe.*

—Los mitos son estupendos, magníficos para entender un proceso cultural, si uno tiene la conciencia de que se trata

de eso, de mitos. No pueden ser convertidos en verdades auténticas.

—*Sus novelas tratan de gente normal, gente común...*

—En mis novelas no hay héroes, la gente no es sumamente inteligente o sumamente guapa, normalísima; pero hay un momento en que se encuentran en una situación que los desafía: un nombre femenino en una ficha, un rostro en un video...

—*O alguien que de pronto pierde la vista.*

—Aunque en esa novela, *Ensayo sobre la ceguera*, se trata de una metáfora: se intenta decir que nuestra razón casi no nos sirve para nada. La crueldad no existe en la naturaleza, la crueldad es obra de la razón humana. Los animales no se torturan los unos a los otros; los hombres sí.

—*La razón y la fe llegan entonces a los mismos infiernos.*

—Un teólogo holandés, Hans Küng, ha dicho que las religiones no han servido nunca para acercar a los seres humanos. Los creyentes se convierten en enemigos mortales de otros creyentes; ha pasado con las Cruzadas, la Inquisición, con el Santo Oficio, y todo en el nombre de Dios. Pero no, como estamos solos en el universo, por lo menos hasta que se pruebe lo contrario, de lo bueno y de lo malo los únicos responsables somos los seres humanos. Tampoco se dirá que es cosa del Diabolo. Al Diabolo y a Dios los llevamos dentro: ahí nacieron y ahí siguen viviendo. El bien y el mal son obra humana. No puedo creer en un Dios que no existe o que nunca se presentó. Yo no necesito a Dios. Nunca he tenido ninguna crisis religiosa. He vivido mi ateísmo en una tranquilidad total. Y me digo a mí mismo: has nacido, estás viviendo, morirás, y se acabó. ¿Premio o castigo? ¡Qué es eso! ¡Cómo se puede castigar a alguien por toda la eternidad!

Si no hay Dios, se pregunta Saramago, ¿qué es lo que queda? "El desconcierto de los seres humanos, la soledad, el miedo... Esa dificultad de aceptar la muerte como el final de todo, la idea de que el alma sobreviva... Lo maravilloso de la especie humana es que se ha hecho a sí misma, lo ha inventado todo."

—*Su foco de interés es el ciudadano medio, ese al que Robert Musil llama "el hombre sin atributos".*

—Sí, pero en Musil hay una mirada filosófica sobre el tema que no es exactamente la mía, aunque no falten en mis novelas reflexiones de tipo ensayístico que tienen más que ver con ese problema de la identidad. La pregunta: ¿quién eres tú? o ¿quién soy yo?, tiene una respuesta muy fácil: uno cuenta su vida. La pregunta que no tiene respuesta es otra: ¿qué soy yo? No "quién" sino "qué". El que se haga esa pregunta se enfrentará a una página en blanco, y no será capaz de escribir una sola palabra. En *Ensayo sobre la ceguera* hay un momento en que la chica de las gafas oscuras dice: "Dentro de nosotros hay una cosa que no tiene nombre, y eso es lo que somos".

—*Encuentro en El hombre duplicado esta frase: "En sutilezas y matices la Literatura es como la Matemática".*

—Sí. En el fondo la literatura, al igual que la aritmética, aspira a un resultado, a una totalidad. Y las parcelas, las ecuaciones, podrían tener sus equivalencias en lo que pasa en una narrativa. No me propongo llevar esta reflexión más lejos, y dejo el asunto a los críticos o a los matemáticos.

Para explicar su filiación política, Saramago acude a una imagen marítima: la del hombre que se sube a un barco. En el viaje, hay un naufragio y él, Saramago, se agarra a un tablón con la esperanza de llegar a una playa. Con esa tabla, construirá o reconstruirá el barco. "Esa tabla son los principios. El mundo del socialismo puede derrumbarse, pero uno sigue manteniendo sus principios, yo no puedo desprenderme de ellos."

—*Usted se asume como de izquierda.*

—No me asumo, lo soy.

—*Y ser de izquierda en estos tiempos parece un anacronismo, hay una crisis severa...*

—La izquierda está como está porque no tiene ideas y, sobre todo, porque las guerras de mañana no se hacen con las armas de ayer. Lo que se ha hecho al marxismo es algo absolutamente criminal: glosar y glosar interminablemente a Marx y Engels,

y no añadiendo nada que fuera fruto de una reflexión. Nos encontramos en lo que llamo un desierto de ideas.

—*La izquierda tiene muchos rostros, y uno es el de Fidel Castro.*

—La izquierda es Castro, es Marcos, es Lula, es Chávez, más cantidad de personas que no se llaman así, que andan por ahí y tienen la idea de que al mundo hay que cambiarlo. La derecha no tiene interés en cambiar las cosas; y la izquierda o no ha sabido o no ha podido. ¿Qué es lo que está pasando? ¡Esto no puede llamarse una democracia!

—*¿Habla usted del modelo democrático mundial?*

—Eso que llaman en Estados Unidos, en Francia, en Alemania o en México el "sistema democrático", sencillamente no lo es. ¿Cómo puede llamarse democrático un sistema en el que la intervención ciudadana se agota en el momento en el que uno pone su voto en la urna? Se puede quitar a un gobierno y poner otro, pero eso no afecta al punto donde en verdad está el poder. El poder político no controla a una multinacional, no controla la economía. Esto lo digo con frecuencia y molesta mucho: los gobiernos se han convertido en comisarios del poder económico. Le llaman "el menos malo de los sistemas políticos". Y si es el menos malo, ¿no vale la pena buscar algo mejor? No nos permiten buscar algo mejor.

Fernando Savater: el filósofo sonriente

I

No hay reyes ni reinas en el panorama pero sí una Marquesa. Vamos camino a Toluca, donde el escritor y filósofo español Fernando Savater dará ante maestros del Estado de México una muy concurrida "cátedra magistral". Lo reconocen y celebran, sobre todo, por su *Ética para Amador*, que se convirtió en éxito de ventas (algo inusitado para un libro de filosofía), aunque muchos profesores también recuerdan *El valor de educar*.

En la carretera nos sigue un auto con un par de agentes de Gobernación: el filósofo se ve obligado a pedir protección de las autoridades en cada país que viaja, ya que el nacionalismo vasco y ETA lo tienen amenazado de muerte. Savater no presume ni disfruta esta condición; dice que es, acaso, un privilegio compartido: muchos son los que han muerto y muchos los que podrían morir bajo la amenaza del terrorismo.

Ya entrados en el diálogo, Savater recuerda que en su último viaje a España el presidente Vicente Fox sobresalió por la indumentaria y su forma desparpajada de hablar, incluido el dislate entre Jorge Luis Borges y un inventado José Luis Borgues.

—Normalmente los jefes de gobierno europeos tienen el aire de funcionarios lo más grises y menos espectaculares. Se supone que el perfecto funcionario es aquel que no llama la atención excesivamente sobre él. Y ver a alguien con una actitud más realzada, por decirlo así, con las botas y todo eso,

Los universos paralelos de lo cultural y lo deportivo están presentes y fundidos en este libro de soles y asombros, que abre con una serie de conversaciones con escritores (el poeta Jaime Sabines, el Nobel José Saramago, el filósofo Fernando Savater...), sigue con una *summa* de encuentros con Vicente Leñero, da el salto a un par de relatos alpinos, luego continúa con la memoria de importantes protagonistas del balompié (entre ellos Fernando Marcos e Ignacio Trelles), y la nostalgia por Ferenc Puskas y *Pelé*, para cerrar con cuatro figuras taurinas de distintas generaciones.

En Alejandro Toledo los oficios de periodista cultural y cronista deportivo se entrecruzan; incluso acepta que se le llame “plurifuncional”, término que aplicaba el doctor Mejía Barón a los seleccionados mexicanos que asistieron al Mundial de Estados Unidos en 1994. El autor salva aquí, acaso venturosamente, la gimnasia que entraña escribir en los periódicos, como decía Salvador Novo, a tantos *rounds* y con límite de tiempo.

ISBN: 978-607-455-365-9



9 786074 553659



CONACULTA



Fernando Savater: el filósofo sonriente

I

No hay reyes ni reinas en el panorama pero sí una Marquesa. Vamos camino a Toluca, donde el escritor y filósofo español Fernando Savater dará ante maestros del Estado de México una muy concurrida "cátedra magistral". Lo reconocen y celebran, sobre todo, por su *Ética para Amador*, que se convirtió en éxito de ventas (algo inusitado para un libro de filosofía), aunque muchos profesores también recuerdan *El valor de educar*.

En la carretera nos sigue un auto con un par de agentes de Gobernación: el filósofo se ve obligado a pedir protección de las autoridades en cada país que viaja, ya que el nacionalismo vasco y ETA lo tienen amenazado de muerte. Savater no presume ni disfruta esta condición; dice que es, acaso, un privilegio compartido: muchos son los que han muerto y muchos los que podrían morir bajo la amenaza del terrorismo.

Ya entrados en el diálogo, Savater recuerda que en su último viaje a España el presidente Vicente Fox sobresalió por la indumentaria y su forma desparpajada de hablar, incluido el dislate entre Jorge Luis Borges y un inventado José Luis Borgues.

—Normalmente los jefes de gobierno europeos tienen el aire de funcionarios lo más grises y menos espectaculares. Se supone que el perfecto funcionario es aquel que no llama la atención excesivamente sobre él. Y ver a alguien con una actitud más realzada, por decirlo así, con las botas y todo eso,

Los universos paralelos de lo cultural y lo deportivo están presentes y fundidos en este libro de soles y asombros, que abre con una serie de conversaciones con escritores (el poeta Jaime Sabines, el Nobel José Saramago, el filósofo Fernando Savater...), sigue con una *summa* de encuentros con Vicente Leñero, da el salto a un par de relatos alpinos, luego continúa con la memoria de importantes protagonistas del balompié (entre ellos Fernando Marcos e Ignacio Trelles), y la nostalgia por Ferenc Puskas y *Pelé*, para cerrar con cuatro figuras taurinas de distintas generaciones.

En Alejandro Toledo los oficios de periodista cultural y cronista deportivo se entrecruzan; incluso acepta que se le llame “plurifuncional”, término que aplicaba el doctor Mejía Barón a los seleccionados mexicanos que asistieron al Mundial de Estados Unidos en 1994. El autor salva aquí, acaso venturosamente, la gimnasia que entraña escribir en los periódicos, como decía Salvador Novo, a tantos *rounds* y con límite de tiempo.

ISBN: 978-607-455-365-9



9 786074 553659



CONACULTA

